



La trilla de los Pimbulos, un rito agrícola en agonía

Holguer Jara Chávez
holguerjara@gmail.com

Recibido: 15/04/23
Aceptado: 18/05/23

Resumen

Los “Pimbulos”, pueblo indígena ecuatoriano, exclusivamente vinculado a la agricultura, conserva ciertas manifestaciones culturales que las reviven al momento de cultivar la tierra, de sembrar sus granos y tubérculos, pero especialmente en las cosechas, como un reconocimiento a Dios, a la naturaleza y a su trabajo. La trilla constituye un evento cuasi-sagrado, en el cual surgen ritos, personajes, saberes ancestrales, solidaridad entre vecinos y reciprocidad con la madre tierra.

Lamentablemente, este ritual tan espontáneo y sencillo, tradicional y rico en símbolos, signos y significados, está en franco proceso de desaparecer debido a la aculturación de pensamiento, globalización y nuevas tecnologías. El presente artículo pretende al menos registrar este ritual haciendo uso de la misma típica terminología (*) con que aún se expresan los trilladores de Pimbulo.

Palabras clave: Etnografía, Rito, Sagrado, manifestación, Pimbulo, Trilla.

The threshing of the Pimbulos, an agricultural rite in agony

Abstract

The “Pimbulos”, indigenous Ecuadorian people exclusively linked to agriculture, preserve certain cultural manifestations which they revive at the time of cultivating the land, planted their grains and tubers, but especially during harvests, as a recognition to God, to nature and to his work. “Threshing” represents a quasi-sacred event, in which rituals, characters, ancestral knowledge, solidarity between neighbors and reciprocity with mother earth arise.

Unfortunately, this spontaneous and simple ritual, traditional and rich in symbols, signs and meanings, is in clear danger of disappearing due to the acculturation of thought, globalization and new technologies. This article tries to at least register this ritual using the same typical terminology (*) that the “threshers” of Pimbulo still use to express themselves.

Keywords: Ethnography, Rite, Sacred, demonstration, Pimbulo, Threshing.

Cómo citar: Jara Chávez, H. M. (2023). La trilla de los Pimbulos, un rito agrícola en agonía. Revista Homo Educator (digital). ISBN: 978-9978-347-79-9 Vol. 2(3) enero-junio, 2023, págs. 65-78.

Pimbulo (pimbo: terreno de escaso humus), más que un centro poblado, es un área cultural de aproximadamente 50 a 60 km², en la cual desde tiempos precolombinos se ha desarrollado un grupo humano con características culturales muy peculiares. El núcleo toponímico se halla a 3.5 km de Azancoto, la actual parroquia de La Asunción, a la que pertenece políticamente y a 6km Noreste de Chapacoto, o La Magdalena, territorio de la jurisdicción del Cantón Chimbo en la Provincia de Bolívar. Coordenadas: 79°02'00" y LS 01°37'48", Hoja HP Asunción, IGM.

El área de influencia de este centro toponímico subsiste tanto en cuanto subsisten las últimas huellas de ese grupo humano, hoy fuertemente aculturizado y en franco proceso de desaparición. En todo caso el universo de los pimbulos "desde hace poco incluía territorios de las grandes haciendas de Tanizagua y Chaquiragra por el occidente y se extendía con significativos ramales de parentesco en las zonas de Panchigua, Guambo y Tambán" (Torres,1922).

Entre las celebraciones más típicas de este pueblo se destaca el "**ritual de la trilla**", acto considerado como el momento culminante de una secuencia lenta y sacrificada de tareas que a lo largo de un año el campesino ha debido desarrollarlas. Es la oportunidad de evaluar el trabajo y proyectar su futuro inmediato en términos de subsistencia.

Por esta razón, la atmósfera que circunda a los trilladores o cosechadores es de verdadera y auténtica fiesta; es de aquellas fiestas en las que se recibe "**la bendición de Dios**", hecha realidad.

La ceremonia misma de la trilla ha tenido que ser preparada y esperada desde hace varios días. Mientras se cortaba el trigo, la cebada, o el maíz, y se recolectaban las "**gavillas**" secas para ser transportadas a la espalda y concentradas en la "**era**" los interesados ya estaban planificando los diferentes detalles de este rito. Normalmente las espigas cortadas permanecen unos cinco días tendidas entre los "rastros" hasta lograr secarse; posteriormente, marido y mujer con la ayuda de sogas o "lazos" las cargan hacia un gran espacio abierto, conocido como "era", donde las acomodan en forma de pirámides a las que las llaman "**parvas**". A primera vista las "**parvas**" de trigo y de cebada, reunidas en las "**eras**", parecen ser un poblado indígena o un conjunto armónico de chozas ovoideas, detalle que ciertamente alegra y enorgullece a los campesinos de Pimbulo, pues constituye la parte afectiva o sentimental de estos agricultores.

En las vísperas deben quedar todas las herramientas, animales y "**preparativos**", listos para ese gran día. Los familiares y vecinos no habrán comprometido su tiempo y energías en nada ni nadie; ellos saben que hay

que ayudar en la trilla y participar de la mejor y única fiesta productiva en la que se ve “las bendiciones del cielo”. Las **“bestias”** (caballos, burros, a veces también bueyes) habrán comido como nunca “alfalfa mezclada con calcha y paja” para resistir el fuerte trajín de **“todo el santo día”**. Así mismo, ciertas herramientas como las horquetas, palas, escobas, escobillas” e inclusive una Cruz, habrán sido recuperadas de algún rincón de la casa que desde el año pasado han permanecido **“guardadas”**.

El evento comienza muy temprano, a las tres o cuatro de la mañana, a menudo con el “canto del primer gallo” o el ladrido de los perros. Toda la familia se lanza a la conquista del nuevo día: la madre a preparar el “café” o desayuno bastante sostenido, los hijos mayores a recoger las **“bestias”**, los menores a barrer la “era” y el padre a poner a punto toda la organización. Una vez que han llegado los vecinos y parientes, el dueño de casa expresará su beneplácito, ofrecerá “una copita del bueno” (aguardiente de caña con alto contenido alcohólico proveniente de los **“yungas”**) para contrarrestar el frío; todos pronosticarán el estado del tiempo, aceptarán la opinión del más anciano, mientras las mujeres comentan los “fieros sueños” que han tenido esa noche y los últimos **“bochinches”** de la vecindad.

Al **“rayar la aurora”**, hombres, mujeres, niños, animales y herramientas están concentrados en la **“era”**. El ri-

tual va a comenzar.

Mientras unos suben a las **“parvas”** para lanzar **“brazadas”** de espigas a la pista, otros las **“riegan”** o dispersan en toda la superficie formando un gran **“colchón”** circular de aproximadamente 10m de diámetro por 0,50m de alto, “amainan a las bestias” uniéndolas en escuadras, no sin antes haber discutido sobre **“cuál yegua hará de madrina”** y cuál de “voladora”. Las mujeres, muchas de ellas “cargadas al wawa”, circundan al gran “colchón” sosteniendo en sus manos el **“mazo”** o garrote que les servirá para golpear las espigas periféricas y no permitirles que salgan de la “era”, mientras la “dueña de casa” (aunque no tenga casa) reparte la última “copa del guaspete” a los mayores o “agüita de panela” a las vecinas y niños. En este momento, todos guardan silencio y miran al cielo. Muy reverente, el más anciano, que casi siempre suele ser el padre del dueño de la trilla (nunca una mujer), expresa con voz entrecortada todo el sentimiento que invade a los presentes: **“¡Gracias a Diosito, a las agüitas del cielo, al solcito que ha hecho madurar el granito, a la madre tierra que no se olvida de nosotros pobres!”** ... **“¡¡Gracias Santo San Francisco !!”**
“ Quizás Taitamito que ahora no llueva y haga buen viento para aventar y entrar con el granito...”
 (1). Queda callado el anciano, se mira con los demás y, en un momento dado, todos explotan con un griterío. De un “carajazo” las **“bestias”**

comienzan a correr; un guía, **“poste”** o auriga, **“mal hablado”** y ubicado en un punto-eje trata de orientarles concéntricamente dando vueltas sobre el grano; los niños alborotan tras de ellas, las mujeres recogen las primeras espigas lanzadas al exterior por **“las patas de los animales”**, los hombres se congratulan al iniciar la buena hora, y los perros del vecindario por largo rato no cesarán en sus ladridos... Para ese grupo de personas **“se ha encendido la fiesta”**.

Los primeros rayos del sol, tan esperados por los labriegos, les sorprende con toda la **“parva en el suelo”**, sobre la cual los animales seguirán dando vueltas y vueltas sin parar. Entonces nos damos cuenta que la organización es precisa y ordenada, en la que una serie de personajes cumplen con determinadas funciones: el más anciano es el maestro de ceremonias; el dueño de la trilla y su esposa, son los anfitriones y protagonistas de la fiesta porque, curiosamente, se van convirtiendo más en supervisores que en trabajadores de la trilla. Luego aparecen unos personajes con papeles rotativos, entre los que se destaca, en primer término, el **“guía”, “poste”,** o auriga. Es un joven de gran resistencia física, que se halla en el centro de la **“era”** sosteniendo con una sogá a la **“yegua madrina”** y girando en su propio terreno conforme caminan o corren las **“bestias”** más periféricas. De vez en cuando, para no marearse se queda firme, pero seguirá pasando la sogá de su mano derecha a la

izquierda, por delante de él, y de ésta a la primera por su espalda, ya que la escuadra hípica no puede ni debe pararse.

Un tercer personaje muy interesante aparece también girando tras de los caballos. Generalmente es un adolescente de buen estado físico que con sus gritos, **“boyero o látigo en mano”** trata de competir con los animales y demostrar su incorporación a la actividad productiva. Su función de **“arriero”** se asocia a la del caballo **“volador”**, pues tiene la obligación de aligerar a las **“bestias”**; aunque, a menudo debe cumplir con una tarea desagradable que afecta a su orgullo personal, pues, debe estar atento a recoger en sus manos **“las majadas”** (excrementos) de las **“bestias”** para que no caigan en el grano. Caso de no hacerlo, corre el riesgo de ser reprimado por los adultos o **“aguantar”** las bromas y risotadas de las chicas y compañeros presentes.

De vez en cuando el jefe de ceremonias ordena que se pare la actividad y se saque las bestias para que descansen, coman y tomen agua. En estos intervalos, los adultos aprovechan para **“virar la paja”** con sus horquetas y constatar si efectivamente las espigas se han desgranado. Si esto ha ocurrido, el propietario propone y el anciano da el visto bueno para que se **“separe la paja”**. Lo que va quedando adquiere una mayor consistencia y compactación: **“los granitos”** tan deseados comienzan a brillar, aun-

que todavía entremezclados con el **"tamo"** o paja menuda. Hace falta que por reiteradas ocasiones vuelvan las **"bestias"** a pisotear y que otras tantas los **"trilladores"** apliquen sus conocimientos y técnicas de clasificación, separando el "tamo del grano".

Hacia el mediodía, los resultados son obviamente notorios: mientras la paja de la **"era"** ha sido retirada y amontonada por doquier para que se seque y se la **"riegue"** como abono para los terrenos, en el centro va apareciendo **"el montoncito de grano"**, entremezclado con tierra, "granza" y "ballico", de lo que hay que liberarlo. Es decir, la primera parte de la faena, en la que han tenido una participación decisiva los animales ha terminado; ahora se inicia la segunda, más laboriosa, pero también más rica en manifestaciones espirituales y/o culturales. Aquí, a más de la horqueta, comienzan a funcionar otros instrumentos con son unas largas escobas hechas **"ex-profeso"** con varios **"montes de la tierra de uno o de la zona: chilcas, marcos, retamas de aquí del lugar"** (2). La herramienta fundamental es la **"pala para aventar"**, elaborada hace muchos años por algún progenitor y que, por tanto, conlleva un largo historial, lleno de anécdotas. Con esta **"pala"** y con la horqueta, los trilladores lanzan el producto al aire; lo que permite que el viento se lleve **"el tamo"** separándolo del **"granito"** que, por ser más pesado, cae verticalmente.

Se está llegando a la parte más emocionante del proceso, pues todos confluyen alrededor del "montón" piramidal tan deseado y esperado: los hombres siguen lanzando elegantemente **"el grano"** al cielo, las mujeres no cesan de **"limpiar con la escoba"** los desechos, los niños entre juegos y picardías deben separar y recoger la **"granza"** para las gallinas, chanchos y el ganado. De vez en cuando, con el asombro y respeto de todos, las mujeres más ancianas dirigen sus miradas al horizonte y comienzan a lanzar ciertos **"alaridos"** y sonidos largos y monótonos golpeándose rítmicamente la boca con las manos; tratan de imitar los ruidos de las corrientes eólicas. ¡Ah! Es que están **"llamando al viento"** Esto lo repetirán en coro todas las veces que ellas las consideren necesarias. En ciertas oportunidades, tendrán que integrarse todos los asistentes a **"los llamados"**, tanto porque la circunstancia así lo exige por ausencia de corrientes de aire, como también porque todos deben aprender la exclamación y los gestos. Para sorpresa de quien no pertenezca a ese grupo cultural, y a veces de ellos mismos (generaciones nuevas aculturadas), la respuesta del viento no se deja esperar; llega, **"sopla"** y participa sin lugar a dudas en la trilla, ritual o fiesta... Todos sonríen y aceleran el trabajo; absolutamente convencidos de que el viento les oye, está presente, lo sienten y les **"favorece"**, **"Diosito nos ayuda"** exclaman sin cesar.

En estas circunstancias, sin asombro de nuestros protagonistas y, más bien, con una sincera alegría del dueño de la trilla y el Visto Bueno de todos, aparece un nuevo personaje que jamás podrá fallar; es el enviado de **“Taita Curita”** que viene a recoger el diezmo y la primicia. Le recibe el más anciano, quien manifiesta que le han estado esperando. El visitante, disimulando sorpresa por encontrarse **“coincidentalmente por aquí de pasadita no más”** (3), aprovecha para saludar a todos y felicitarles por la cosecha. De inmediato, la “dueña de casa” le brindará algo de comer y beber, mientras el esposo separa la **“porcioncita”** que pertenece a la Iglesia. Con esta donación la conciencia de estos campesinos queda absolutamente satisfecha porque, a través de este **“médiuim”** han podido demostrar y exteriorizar el reconocimiento que sienten hacia su Dios.

Entre tanto, los demás han avanzado y, prácticamente, **“la cosecha está a la vista”**. En este supremo momento de la vida doméstica de los campesinos, el maestro de ceremonias se acerca al gran cono de trigo y en su cúspide coloca una cruz improvisada, hecha con **“rastroyo”** del mismo grano, o con palitos de chilca. Algunas familias, para demostrar mejor status, suelen colocar una cruz de **“ramos benditos o de chonta traída de San Luis de Pambil o del Oriente”** (4). Igualmente, del sector de las mujeres se adelanta la **“dueña de casa”** o su hija mayor si ya es señorita (en

estado de casarse) trayendo bajo el brazo algo que debe ser sorpresa para los asistentes; se trata de una **“mama-zara con hijitos”** o de una **“mama-papa con hijitos”**; es decir, una mazorca de maíz de la cual se desprende otras pequeñas mazorquitas, o de una papa grande a la que aparecen unidas otras papitas. Los **“guagüitos”**, tanto de las mazorcas como de las papas germinaron unidos a “sus mamás en forma natural; no es que los campesinos los hayan adherido. Se trata de productos raros que no siempre aparecen, más bien son eventuales, misteriosos, malagüeros, como que proceden de un mundo sagrado; los colocan a modo de ofrendas en las partes laterales de aquella cruz de **“rastroyo”**. Después pasarán a integrar la colección de **“los santitos”** que los campesinos mantienen en algún rincón destacado de su casa. Todos, mostrando curiosidad y admiración, aplauden y felicitan a los anfitriones; éstos les corresponden repartiéndoles chicha en abundancia y ofreciéndoles en reciprocidad el **“potaje”** preparado por la dueña de casa. En medio de este alboroto, los niños aprovechan para en abierta competición elaborar más cruces de **“rastroyo”** y colocarlas en el montón de trigo.

Pero, ha llegado la noche... **“Sin darnos cuenta ka, el día ha terminado”** (5) exclama el vecino que vive más lejos. Las mujeres, por temor a una probable lluvia cubren con mantas el producto logrado, mientras los hom-

bres continúan bebiendo hasta culminar en una inolvidable borrachera. De las gavillas o parvas de trigo, llama la atención que, alguien haya retenido un **“manojito para la buena suerte”**; es un pequeño ramillete de espigas que **“los antiguos cuentan”**, es bueno colocarlo sobre el umbral de la casa.

Al siguiente día, se tenderá el grano en la misma **“era”** para que se seque y, cuando constaten que se lo puede almacenar, lo **“guardarán”** en el “soberado” o altillo de la casa.

¡Está garantizada la subsistencia de la familia!

Principales elementos y análisis de este rito agrícola

La Antropología simbólica tiene la gran misión, más allá de lo meramente descriptivo, folclórico y de simple colorido mágico-religioso, de adentrarse en este terreno enmarañado de símbolos para descubrir e interpretar sus significados. Obviamente esto no es, ni puede ser cosa fácil; sin embargo, la curiosidad por entender ciertos actos, más sagrados que profanos, y la estructura social de los grupos humanos que los practican, han llevado al montaje de una teoría y metodología cada vez más sólidas y exitosas, gracias a nuevos pensadores como Turner (1977), Firth (1973), Sperber (1974), Douglas (1978), Durand (1981) y otros que han superado a importantes corrientes antropológicas

de gran renombre, entre ellas: el evolucionismo, el marxismo, el funcionalismo y la ecología cultural. En nuestro caso, tratándose de un primer ensayo sobre el tema, pretendemos incursionar en ese universo de abstracción mental con el propósito de lograr un doble objetivo: en primer lugar, descubrir en este ritual de la trilla el simbolismo que de él subyace en la **“memoria social”** y, en segundo lugar, rescatar toda la información posible respecto a los detalles, personajes, huellas mitológicas, elementos sagrados, repercusiones en el comportamiento, etc., con el fin de conocerla y hacerla conocer, antes que desaparezca por completo, pues a criterio nuestro se halla agonizante in extremis.

La era, un espacio cuasi-sagrado

Todo el proceso de la trilla se desarrolla en este lugar abierto. Allí deben confluir una serie de elementos: **“cuasi-naturales”** (viento, sol, topografía, etc.) así como, culturales (trilladores, organización, comportamientos, instrumentos, etc.) y **“sobrenaturales”** (espíritus o personajes sagrados como **“mama-zara”, “mama-papa”, “pachac-mama”**, a más de Diosito o Taitamito). Este cónclave de elementos permite sacralizar el sitio, especialmente por ese día, aunque siempre permanecerá respetado y considerado como el espacio menos profano de los terrenos. Indudablemente, este espacio no adquiere un nivel de sacralidad tan genuino y se-

vero como ocurre con los templos, las huacas o los santuarios, pero durante la trilla constituye el escenario prodigioso que permite alcanzar “el granito” o alimento para todo el año.

La proyección de esta sacralización se manifiesta en ciertos hechos que no suelen pasar desapercibidos: **“en erita cantamos y bailamos carnaval: en fiestas ahí jugamos “vaca loca”; ahí ka no podemos sembrar ... cuando la era ya es viejita y no utilizamos ka brava se pone; maligno pega, malaire da”** (6). Es decir, la era tradicional (no improvisada como está ocurriendo últimamente) permanecía abierta sin otra actividad agrícola que no sea la trilla; más bien en ciertas fechas del calendario festivo tenía una función social y de aglutinante familiar. De allí que sorprenderá a quienes no conocemos este detalle, las masivas concurrencias de **“fiesteros”** en las eras y no en las casas, durante los carnavales, año nuevo, matrimonios, onomásticos, etc. La era se ha convertido como referencia de un **“mundo sacralizado”**. (Eliade, 1957, p. 7)

Este espacio dedicado a recibir la bondad de la tierra fértil no es un lugar cualquiera; es un **“escenario dramático”**: está consagrado a demostrar **“la bendición del cielo”** y debe estar asociado a lo festivo; si se le niega la esencia de su función, **“se pone brava”** y castiga. Si ya no se le va a ocupar, **“es preferible arar-le y sembrar zambitos... verás qué**

maravilla produce... agradece que no le dejen abandonada” (7) aclara Federico Tocta (indígena de Pimbulo, 53 años, trabajador como peón en la sierra como en la Costa).

Por desgracia, la intromisión de las máquinas trilladoras desde mediados del siglo pasado, la aculturación de que son objeto las nuevas generaciones especialmente por emigraciones de trabajo temporal hacia la costa, la falta de hierba para mantener animales caballares, etc., etc., han motivado que las eras poco a poco desaparezcan. Este hecho es peligroso para la supervivencia del rito, el cual, sin espacio sagrado para desarrollarse, podrá sufrir alteraciones o transformaciones, e inclusive correr el riesgo de desaparecer. Sin era, ya no es posible la trilla según el proceso que hemos descrito. Muchas de ellas han desaparecido o en el mejor de los casos, ciertas familias ampliadas se han puesto de acuerdo para concentrar en una sola era todas las parvas, pero ya no será la trilla cuasi-sagrada la que demuestre la bondad de la tierra. Es decir, el rito está en agonía.

Los días de cosecha y la trilla conforman un tiempo sagrado

La madre tierra, independientemente de la voluntad del hombre, ha establecido unos ciclos para receptar las semillas y, demostrando su “poder”, entregar los multiplicados frutos de las mismas. El hombre ha sido capaz

de interpretar y aprovechar esos atributos de la naturaleza, gracias a los cuales subsiste. Siendo así, sus reacciones de amor, agradecimiento y reverencia se han vuelto inmediatas y, desde luego, periódicas, acordes con las estaciones climáticas. El verano se convierte en el “tiempo sagrado” que ayuda a madurar las chachas, cortar las espigas y trillar los granos.

En todas las culturas aborígenes que han desarrollado la agricultura, aparecen las cosechas y “ellas mismas son manifestaciones rituales mágico-religiosas extraordinarias de gratitud a la tierra” (Eliade, 1962). En las sociedades andinas, justamente el Intiraymi era la forma colectiva de agradecimiento al dios sol por las cosechas alcanzadas. Los pimbulos lo expresan, como se ha visto, en el día de la trilla.

Desde luego, para tener el éxito deseado, ese día debe ser previamente seleccionado de acuerdo con los pronósticos del tiempo que los más ancianos tienen experiencia y capacidad de predecir. Será un día lleno de sol, con vientos que soplen en un solo sentido y, obviamente, sin lluvia. Un día sagrado y de fiesta, desprendido de la cotidianidad, que le permite al indígena campesino ingresar desde lo profano e integrarse en un mundo de sacralidad e inclusive someterse a un idealizado ciclo cósmico (Eliade, 1957). De modo que se siente envuelto en un gran todo espacial y temporal, según el cual hasta la mis-

ma muerte adquiere sentido; pues nada desaparece. Las semillas depositadas en la estación de siembras no han muerto totalmente, han muerto para volver a vivir; la tierra es tan fértil y tiene tanto poder que, todo lo que recibe en su vientre vuelve a renacer.

“En las últimas cosechitas ka (de 1995 a 2020), **menos trillas con animalitos se ha visto...aura todos quieren hacer en máquina trilladora...es que es un ratito no más y a cualquier momento”** (8) manifiesta Ambrosio Ruiz. Es decir, ya no hace falta tantos preparativos, animales y gente; la máquina lo hace en pocas horas y en el turno impuesto por su dueño; aquí están por demás los pronósticos del tiempo, los rezos, ceremonias, shamanes, así como los animales, las horquetas, palas aventadoras, viento, etc.

De esta manera, el día de la trilla está incorporándose al tiempo común y corriente, cotidiano y profano, sin trascendencia y sin fiesta y, por tanto, sin rito. La pregunta que puede surgir aquí es la siguiente: ¿sin espacio sagrado y sin tiempo sagrado, podrá subsistir un rito?

Personajes

Varios son los protagonistas que actúan en aquel “escenario dramático”; hay, por una parte, personajes de carne y hueso, cada uno con su función específica aparentemente profana, pero también por otra parte están

unas personificaciones míticas con una presencia sobrenatural, misteriosa y por tanto inexplicable.

En el primer grupo sobresalen los personajes protagonistas: el más anciano (padre del dueño de la cosecha), el dueño de la cosecha, la dueña de casa o de la cosecha, el “guía”, “poste” o auriga, el arriero, el diezmero, las mujeres, vecinos, niños y otros. En el segundo grupo se destacan: La mama-zara o zara-mama, la mazorca de maíz con hijuelos, la paccha-mama, el ramillete de espigas para guardarlo.

A más de estos personajes míticos o cuasi-míticos, si analizamos bajo la perspectiva de lo simbólico aparecen otros elementos fundamentales que justifican y determinan el ritual: **la cruz**, supremo signo y símbolo que sacraliza absolutamente todo lo actuado, aunque haya sido impuesto desde lo exterior; el “**poder**” de la cosecha con su fuerza sagrada; **la fertilidad** de la madre tierra; y las mismas **fuerzas telúricas** (sol, viento, lluvia, etc.), son elementos que adquieren una especie de personificación. Los protagonistas primeros les dan a éstos un tratamiento de participantes directos de su rito. Recordemos, por ejemplo, “**los llamados**” al viento por parte de las mujeres para que les asista con sus “**soplos**” en la separación del tamo y del grano.

Entre todos los participantes, llama la atención el liderazgo del protagonista mayor o anciano del pueblo, quien,

con sus rezos, órdenes e intervenciones, dirige y ejecuta el rito, preside la acción que pragmatiza las creencias de su familia y de su pueblo, orienta a todos los presentes según unas normas establecidas en aquellos tiempos sagrados y que han heredado de sus padres. Este personaje sirve de puente o nexo entre los simples trilladores (hombres, mujeres, niños, vecinos, etc.) y las divinidades (Dios, el viento, el sol, etc.). Su venerable figura, ejemplar conducta y enseñanzas concretas, son los valores que deben seguir los más jóvenes y ojalá “**iniciarse**” en la práctica ritual. Inclusive los niños son motivados a observar ese comportamiento y a emularlo en sus juegos inocentes tan asociados a las tareas agrícolas de sus padres.

Ofrendas y “poder” de la recolección

En las 5 ocasiones que hemos podido presenciar, o mejor disfrutar, de este ritual, no constatamos manifestaciones concretas de ofrendas de agradecimiento a la tierra, pero, si analizamos bien, aquella “porcioncita” que los campesinos dieron al representante del sacerdote o párroco, reemplaza absolutamente a las formas tradicionales que los pueblos aborígenes siempre han tenido hacia la madre tierra y sus divinidades. Sin embargo, entre los pimbulos existe la costumbre de compensarla con cariño, de “**adularle a la tierra como a mujer propia**” (9) después de la cosecha mediante tareas de limpieza,

abono y alabanzas. Esta costumbre puede ser tomada como una forma disimulada de ofrendar su amor y corazón a la tierra, con el propósito de asegurar y comprometer futuras buenas cosechas.

En este rito de la trilla consideramos que los labradores se sienten correspondidos y tratan a toda costa de conservar el **“poder”** de las cosechas en el escenario agrícola. Una muestra es por ejemplo aquella pequeña gavilla o ramillete de espigas que alguien había separado para tenerlo colgado en el umbral de la casa: su verdadero significado se halla en el afán de mantener esa energía procreadora, reproductora y fértil de la tierra, pues también subyace en el imaginario campesino el temor y la preocupación de un posible agotamiento de su **“fuerza”** o **“poder”**.

Organización, palabras y gestos

Desde varios días atrás ya se ha dado una preparación, de acuerdo a las experiencias pasadas que, de generación en generación, se viene heredando; no es algo improvisado. Todo está listo y todo debe cumplirse socialmente con destreza y exactitud. No debe ser un acto arbitrario; sigue una secuencia impuesta por el mismo proceso y sobre todo por la orientación del más anciano que, en cierto modo, hace las veces de un shaman. Alrededor de las tareas específicas de hacer pisotear las espigas por los caballos, de separar el tamo, de aven-

tar, etc., se expresan ciertas palabras y gestos de contenido simbólico que reflejan y dramatizan la estructura social. Silbidos, llamadas al viento, rezos, besos a las espigas, brindis, potajes, bebidas y borrachera conforman el drama ritual.

Contrariamente a aquello, en las tri-llas con máquina hemos constado una ausencia total de actitudes reverentes; no existen palabras o gestos de reconocimiento ante la prodigiosa bondad de la tierra. Todo se desarrolla en torno preocupaciones y cálculos económicos de cuántos **“sacos de trigo”** se la logrado cosechar. Al carácter ritual ya no es posible descubrirlo. Sin embargo, Leopold Schmidt ha demostrado que el folklore agrícola de Europa Central contiene elementos mitológicos y rituales desaparecidos en la mitología griega clásica ya desde tiempos de Homero y de Hesiodo (Schmidt, 1952). Es decir, el mito y el rito tienen una fuerza de permanencia en el tiempo. Para C.G. Jung, esas concepciones mítico-rituales preceden a la psique individual, son arquetipos transpersonales parecidos a las ideas platónicas que no participan en el Tiempo histórico del individuo, sino en el Tiempo de la especie, o sea de la Vida orgánica (Jung, 2009).

Con la ausencia del rito desaparecen también los elementos festivos de la trilla. En aquellas fiestas de cosechas surgían motivos religiosos con matices cristianos; afloraban entre los

pímbulos sentimientos de solidaridad, reciprocidad y más que todo de ceremoniosas manifestaciones sociales en sus comidas, bailes y bebidas. No todo lo que hacían era puramente profano y sin significado; por el contrario, recitaban, hacían gestos, simbolizaban, trascendían simbióticamente entre elementos sagrados y profanos, entre lo cristiano y la religiosidad natural. Es decir, ejercían o ejecutaban ritualismos que les permitía ascender hacia sus creencias y olvidarse del **“valle de lágrimas”** que a menudo se tildaba a la madre tierra.

¿Esto significa que tales elementos están en un franco proceso de involución cultural en sí mismos... o quizás de evolución o transición hacia otros niveles de mitos, nuevos ritos? En todo caso, el ritual de la trilla aquí descrito, como tantos otros que ya no tienen vigencia, dejarán de ser tales y se reducirán a leyendas hasta caer en el simple cuento, como aseveraba Geo Widengren (1945). De hecho, muchos niños y jóvenes de Pímbulo cuando se les ha requerido para que opinen respecto a la trilla ritual de sus abuelos, la consideran ya superada o terminan riéndose, igual como ocurre con la mayoría de niños de la ciudad, al hablarles del culto que rendía los pueblos prehispánicos a las montañas, al agua o al sol.

Desde luego, muchas de esas expresiones externas de religiosidad están superadas pero, como Antropólogo me permito aseverar que, en

el subconsciente social o en el ego espiritual de cada individuo siempre quedan huellas de manifestaciones pasadas que generan creencias y prácticas más evolucionadas. Una “desacralización” total en los comportamientos humanos nos precipitaria hacia el caos, sin tradición, sin identidad, sin personalidad, sin cultura. Los ritos son “manifestaciones” del mito y éste convive con el humano. Más aún, el inconsciente, en palabras de Mircea Eliade, es “mitológico”, es mitología privada, pues algunos de sus contenidos están cargados de valores cósmicos que reflejan las modalidades, los procesos y los destinos de la vida y de la materia viva. Se puede decir incluso que el único contacto real del hombre moderno con la sacralidad cósmica se efectúa por el inconsciente, ya se trate de sus sueños y de su vida imaginativa, ya de las creaciones que surgen del inconsciente, tales como la poesía, los juegos, los espectáculos, etc. (1962)

Conclusiones

Sin el fuego permanente de la práctica festiva, los elementos sagrados de tiempo, espacio, personajes, símbolos y creencias, los ritos simplemente tienen un destino de muerte, o quizá de sobrevivir esqueléticamente como una leyenda o cuento sin mayor sentido. Es lo que comienza a ocurrir con el rito de la trilla entre los pímbulos.

El rito constituye una de las manifestaciones de mayor identidad y dife-

renciación entre las culturas, pues expresa externamente el significado de los símbolos, permite conocer su asociación y dilucidar la esencia del grupo social que los ha producido. La desacralización del mito conlleva la pérdida de identidad y personalidad de un pueblo. Este fácilmente cae en las redes de los “aculturizadores”, etnocentristas, folcloristas y seductores sectarios. La juventud no sabe hacia dónde dirigirse, rechaza lo propio, o también se siente fuera de contexto cuando tiene que receptor lo ajeno.

Existen varias corrientes, escuelas (evolucionismo, marxismo, funcionalismo, ecologismo cultural, etc.) con sus respectivos representantes que se han dedicado a descifrar los misterios de los mitos; todas tienen mucha razón, pero, por las mutuas críticas que se hacen, parece ser que no han llegado aún, y probablemente nunca llegarán, a ponerse de acuerdo. Corresponde a quienes comenzamos a explorarlas, disponer de elementos teóricos sólidos para su correcta comprensión; caso contrario fácilmente se incurre en confusiones burdas y equívocos sectarios.

No es aconsejable tomar al rito en forma aislada para estudiarlo. Su real

dimensión es posible alcanzar únicamente dentro de un contexto amplio y multidisciplinario, teniendo en cuenta la realidad geográfica, histórica, organizacional, política y económica del pueblo que lo ejecuta, pues el hombre vive, se desarrolla y “es” sujeto de ese contexto.

Las sociedades primigenias fueron tremendamente ricas en sus creaciones, interpretaciones y creencias míticas. A medida que la humanidad ha ido evolucionando, no es que hayan desaparecido absolutamente el Mito, el Rito y el Simbolismo, pero sí han fenecido centenares de sus expresiones (historias sagradas, palabras, acciones, etc.) que identificaban culturalmente a los pueblos. Al término de este artículo debemos aclarar que, no negamos la plena vigencia del ego **mítico** que subsiste en el hombre contemporáneo, “moderno y desarrollado”, pero sí concluimos que sus expresiones o manifestaciones como tales, sufren deterioro, agonizan y desaparecen. Por desgracia, a finales de este camino se encuentra precisamente la trilla pimbuleña que hemos descrito; sin embargo, creemos también que ya estará germinando algún otro Rito de la Cosecha con nuevas formas.

Referencias

Douglas, M. (1978). *Símbolos naturales: exploración en Cosmología*. Alianza Editorial.

Durand, G. (1981). *Ciencia del hombre y tradición: el nuevo espíritu antropológico*,

Barcelona: Paidós Ibérica.

Jung, K. (2009). *La relación entre el yo y el inconsciente*. Paidós, Grupo Planeta.

Eliade, M. (1957). *Lo sagrado y lo profano*. Paidós, Barcelona: Editorial.

Eliade, M. (1962). *Mito y realidad*. Libros Tauro. <https://web.seducoahuila.gob.mx/biblioweb/upload/Eliade,%20Mircea%20-%20Mito%20Y%20Realidad.pdf>

Sapir, J. D. (1974). [Revisión de *Símbolos, Públicos y Privados*, por Firth, R. (1973). *Revista para el estudio científico de la religión*, 13(4), 507–512. <https://doi.org/10.2307/1384617>

Sperber, D. (1974). *El simbolismo en general*. ANTROPOS, El Editorial del hombre.

Schmidt, L. (1952). *Mitos, Gestalt*.

Torres, NN. (1922). *Haciendas*, Provincia de Bolívar.

Turner, V. (1977). *El Proceso ritual: estructura y antiestructura*, Cornell University Press.

Widengren, G. (1945). *Fenomenología de la Religión*. Ediciones Cristiandad.

Entrevistas

- (1) Gerardo Tocta, anciano del grupo.
- (2) María Tocta, dueña de la trilla
- (3) Manuel Chimborazo, Primiciero
- (4) Rosa Cuji, vecina del lugar
- (5) Rufino Lima, vecino del lugar
- (6) Federico Tocta, pariente de la dueña de la trilla
- (7) Idem
- (8) Ambrosio Ruiz, vecino del lugar
- (9) Federico Tocta, pariente de la dueña de la trilla

Imagen:

<https://www.facebook.com/photo/?fbid=2707110306192003&set=p-cb.2707110402858660>